



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

LA TRAGEDIA DE INES DE CASTRO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1914.

Hay en la literatura portuguesa una colección de relatos de naufragios que se llama la «Historia trágico-marítima», y resulta ser una de las más características expresiones del alma portuguesa, trágica como el mar. Y la historia toda de Portugal—recuerdo háberoslo dicho alguna otra vez—es un largo naufragio. Y dentro de ese pueblo trágico y elegiaco, ¡cuántas tragedias, cuántos naufragios de almas! Naufragios por el amor, pues que la tragedia portuguesa es de ordinario erótica.

La historia de Portugal es, como la de la guerra de Troya, una carrera de tragedias, y por ella pasa siempre, como sobre Troya la sombra de Helena, la sombra de una mujer. Que una vez es Inés de Castro, otra vez Leonor Tellez. Y más que encarnaciones de una Helena helénica parecen brumosas encarnaciones de una Isolda céltica, de rubia cabellera.

El buen pueblo portugués del siglo XIV amó a su rey D. Pedro, llamado, como el de Castilla, el Cruel, y le amó porque el rey era quien le defendía de las exigencias del clero y de los desprecios de los hidalgos, porque oía en la corte sus reclamaciones, por ver en él un seguro mantenedor del derecho de la justicia; le amaba porque le veía gobernar con eso, le amaba como rey justiciero y padre equitativo, le amaba como hombre liberal y agasajador, le amaba porque le tenía miedo. «Y amábase también—escribe Antero de Figueiredo al concluir su excelente libro «D. Pedro e D. Inés», libro henchido de calor y de color—le amaba también y sobre todo porque comprendía, como si fuera suyo, ese corazón flaco en rey poderoso, blando corazón de criatura en contradictoria alma de tirano, apasionado corazón portugués, que enloquece y se pierde por el amor de una mujer!»

Así termina, digo, el excelente estudio histórico que Antero de Figueiredo dedica al gran desvarío—«o grande desvayro», como lo llamó el cronista Fernán Lopes—de los trágicos amores de D. Pedro de Portugal y Da. Inés de Castro, amores que han inspirado tantas obras de teatro en Portugal mismo, en España—aquí la más conocida es la de Vélez de Guevara, «Reinar después de morir», habiendo otra de Lope de Vega—en Francia—una de Víctor Hugo—en Inglaterra, en Alemania, en Italia, en Holanda... De este estudio de Figueiredo, que recomiendo a cuantos deseen conocer algo más del alma trágico-erótica portuguesa, acaba de publicarse la segunda edición. Es un libro de historia anovelada, con-

fidente con la novela histórica, algo a la manera apasionada y a la vez pintoresca de un Michelet. El relato de las exequias de amor, de la traslación del cuerpo de Da. Inés desde la húmeda sepultura al monasterio de Santa Clara de Coimbra, donde fué enterrado después de degollada por orden del rey D. Alfonso, padre de D. Pedro, al monasterio de Alcobaça, donde duerme su último sueño, en un espléndido túmulo, junto al de D. Pedro, que luego de rey hizo declararla su legítima esposa, mintiendo un matrimonio, ese relato es una maravilla de color. Y por todo el libro respira el soplo cálido del patético erótico portugués.

Este mismo Antero de Figueiredo, había publicado en 1910 una novela «Doida de amor» (Loca de amor), que es otro libro genuinamente portugués y que recuerda las novelas de Camilo, del gran Camilo, novelas que leía la heroína, Gabriela. Esta Gabriela de la novela dice: «Devoraba a Camilo. Leí todo D'Annunzio. Tenía encuadradas en pergamino las cartas de Soror Mariana, y la de Mlle. de Lésplasse. Amaba a Baudelaire y sabía de memoria a Alfredo de Musset. Y todas estas lecturas me causaron una dolorosa sed de amor, un alborozado apetito de aventuras románticas.» Y a mayor abundamiento oía tocar a su amante, a Radil, tocatas de Schumann y de Chopin—¡la música, la gran celestina!

La trágica historia de esta Gabriela loca de amor nos la ha contado Antero de Figueiredo en cartas que fingen ser de la misma heroína. Este artificio de las cartas fué, ya desde Richardson, muy del gusto de los románticos—¿y es que Portugal ha trascendido acaso del romanticismo?—y en cuanto a los portugueses tienen el modelo de aquellas inflamadas cartas de la religiosa portuguesa a un su amante francés, de las cartas de encendido amor portugués de sor Mariana Alcofurado, la del convento de Beja, cartas publicadas en francés y cuyo original se ha perdido. La Gabriela de la novela epistolar de Figueiredo, hija de un suicida y que acaba volviéndose loca, loca de amor por un amante que no le contesta siquiera y que se casa con otra, se dice endemoniada de él, que tiene en harapos su apasionado corazón que se muere, y le pide a su Radil que le muerda para sentir sus dientes entrarle en la carne. Que si Leopardi hermanó al amor con la muerte, no es raro verle hermanado con el dolor en la literatura portuguesa.

El trágico amor portugués es un amor doloroso. «Daría mi vida por beber una de sus lágrimas», escribe Gabriela. Y luego que es frágil, que es portuguesa! que no sabe oír otra voz que la de su corazón. No acepta teorías feministas. «Por el contrario—escribe—si alguna tendencia tengo es a esclavizarme y no a emanciparme. Nací con aptitud de querer lo que otros quieren... de desdoblarme... de sacrificarme! ¡No tengo voluntad! Mi alma, toda femenina, nunca quiso libertarse—nunca quiso ser sino lo que es.»





Y este Antero de Figueiredo que trazó esa figura de enamorada portuguesa había de encontrar en la historia de su patria, la figura real de aquella bastarda gallega, con sangre real en sus venas. El drama terrible del hijo del rey que ve, que en la amorosa vereda de su corazón se le atraviesa la razón de estado es un drama que ha tentado, a no pocos ingenios. Recordemos, aunque sólo sea aquella magnífica tragedia de Federico Hebbel, el dramaturgo alemán hoy, cuando ha tanto tiempo que duerme su último sueño, en tan alto predicamento en su patria, donde le llaman un Shakespeare que a ratos dormita, recordemos la tragedia «Agnes Bernaner»... Agnes, es decir, Inés, ¡otra Inés!

La historia le ha dado a Antero de Figueiredo el fondo para su cuadro. Ha tenido un escrupuloso cuidado en atenerse a lo que parece más averiguado y cierto respecto a los desgraciados amores de Inés y Pedro, desechando muy acreditadas y aprovechadas leyendas. Así rechaza las que a Eugenio de Castro le dió aquel bellísimo final de su poema «Constanza», citando el pasaje de la crónica del rey don Juan I, de Fernán López, de donde resulta que cuando Constanza, española también, la mujer de don Pedro, murió a luego de dar un infante, su amiga Inés se hallaba ausente de Portugal. Y rechaza, a la vez que nos explica su génesis, la leyenda de que don Pero al saber la muerte de su amada la hiciese desenterrar, vestir de reina y que los nobles le rindiesen pleitesía como a tal, leyenda que sirve de base a la tragedia de Vélez de Guevara y a casi todas las demás sobre Inés. Y aún rechazando leyendas en lo posible y ateniéndose a lo que parece más rigurosamente histórico, ¡qué libro de pasión y de colorido ha sabido fraguar!

Las crónicas le han servido a Figueiredo, pero acaso más esas otras crónicas portuguesas, más veraces en el fondo, que son las novelas rebosantes de pasión del gran Camilo, el romántico.

El retrato de la figura de Inés de Castro, que Figueiredo traza, recuérdame otro retrato literario que el autor portugués dudo mucho que conozca y es el que de Iseo, la Isolda, la de Tristán, se hace en un libro de caballerías castellano del siglo XV, el «Don Tristán de Leonis» (publicado en el primer tomo de los dos de «Libros de caballerías» de la Nueva biblioteca de autores españoles).

Y ve luego el relato de los amores de los dos amantes, en vida de doña Constanza Manuel, la esposa de don Pedro, y después de muerta ésta, cuando ya pudieron más libremente entregarse a su frenesí amoroso. Es decir, el frenesí era de don Pedro; Inés se dejaba querer por él. Y surgió la intriga contra la pobre amada del hijo del rey, una intriga política. Se iba «contra esa imperialista Castilla, formidable y absorbente», dice Figueiredo. Doña Inés era una bastarda gallega, el casamiento de

154

don Pedro con doña Inés arrastraría fatalmente a Castilla a introducirse en la política de Portugal, en lo que se jugaría la independencia del reino». Y como no se lograba apartar a don Pedro de su embeleso, el rey don Alfonso, su padre, accedió, por razón de estado, se matase a doña Inés. Que fué degollada. La entrevista del rey padre con la amada de su hijo es una de las páginas más llenas del patético portugués.

Y vino la guerra del hijo contra el padre, y los impetus locos de D. Pedro. «Era—dice Figueiredo—el diabolismo orgánico de la mórbida sangre de los príncipes de Aragón, de sistemas nerviosos fatigados, nacidos de consanguíneos, en aquel D. Pedro que tenía tan varios santos en su próxima ascendencia: su abuela paterna era Santa Isabel de Portugal, nieta de Santa Isabel de Hungría y de San Humberto de Savoia». (Téngase en cuenta que Santa Isabel de Portugal era aragonesa, así como San Antonio, llamado de Padua—en Italia—era portugués, de Lisboa). Y hay que leer las páginas en que nos cuenta Figueiredo cómo D. Pedro arrastraba al pueblo contra los asesinos de su amor. Era el populacho de ese norte de Portugal «semileonés y semigallego, impetuoso y brutal». Mas se hicieron las paces; abdicó D. Alfonso IV en su hijo, y éste juró no vengarse de los asesinos de su amada. Juró en perjurio, sin pensar cumplirlo.

Y viene el relato truculento de aquella feroz venganza, una de las páginas más escalofrantes que la historia de la Edad Media nos ofrece. Ya en las crónicas la narración del castigo que D. Pedro hizo sufrir a los causantes de la muerte de Inés, es de una salvaje truculencia, pero en la novelización de Antero de Figueiredo sube aún de punto. Sube de punto hasta llegar a aquello de cuando le llevaron al rey los corazones que hizo arrancar a los ajusticiados. «El rey comía, cuando le llevaron en una escudilla de plata los dos corazones, rojos y calientes. D. Pedro los miró haciendo repulsivos gestos de enojo; en seguida clavando en ellos sus ojos con odio y viendo en ellos concretamente las almas de sus enemigos, los agarró con manos convulsas, clavóles sus uñas corvas y los estrujó rencorosamente haciéndolos gotear sangre; después, siempre con ojos alucinados, se los llevó a la boca, los mordió, los remordió y los destrozó entre sus dientes de tigre, sintiendo el voluptuoso placer de matar, a dentelladas, las almas de los asesinos de su amada Inés. Levantóse. Tenía la boca y las barbas pringando sangre en la hoga de velludo, y las manos encarnadas como las de un carnicero. Asomó a una baranda del palacio, llamó a los soldados, y arrojando despreciativamente a la plaza aquellas sanguinolentas piltrafas de carne, ordenó con enfado a la escolta: ¡Quemen eso y echen las cenizas al Tajo!»

Luego viene el relato de cómo don Pedro dijo que se había casado con Inés y que sus hijos y de ésta, don Juan, D. Dionisio y Da. Beatriz eran infantes legítimos. Afirmó haber teni-





do lugar un matrimonio clandestino en tiempo de su padre el rey D. Alfonso, y halló un obispo y unos testigos que confirmaran la superchería. Y tras de eso hizo construir los dos magníficos túmulos en que aun hoy descansan, en Alcobaca, este loco rey y su infortunada amante. De esos túmulos ya os dije a raíz de haberlos visitado. Son una maravilla.

Y a seguida nos narra Figueiredo la solemne traslación del cadáver de Da. Inés, ¡la reina de Portugal!, como gritaba el rey. Todo ese capítulo, henchido de color, se basa en la crónica de Fernán Lopes. Y en la comitiva hace ir Figueiredo al hijo de D. Pedro y de Da. Constanza, su mujer, al príncipe heredero. Aquel cortejo fúnebre lo era de bodas. Recuerda al de la desventurada Da. Juana la Loca acompañando el cadáver de su marido Felipe el Hermoso. Loco también el rey, D. Pedro, de la misma sangre aragonesa que Da. Juana. D. Pedro, nos dice Figueiredo, «cayendo sobre el ataúd a que perdidamente se abrazó, sólo supo, entre sollozos, salidos a borbotones del pecho despedazado, ronquear, deshecho en lágrimas, estas palabras—toda su alma:—«¡Inés, Inés, Inés mía!»

Sigue un relato de los últimos años del rey, cuando, «impulsivo, condenaba sin oír a las partes, no vacilando en castigar con la pena máxima crímenes pobremente esclarecidos; sometía a tormento y azotaba por sí propio a los delincuentes, fuesen obispos o villanos; mandaba matar hidalgos y vasallos, clérigos y judíos, y a las veces por delitos insignificantes u olvidados, de que nadie se quejaba, como en el caso de María Roussada». Y, cosa altamente significativa, «era inexorable con las barraganas que hacían mala vida con casados... castigando severamente los crímenes de mancebía, apuntando en especial a los grandes del reino, ya para ejemplo, ya porque había sido esa clase la que más contribuyó al asesinato de su amada Inés, dolor constante, obsesión de cada momento que en él rugía la infinita venganza perenne, que nada apaga, que nada sacia!»

Lo que no impedía que se encenagara en groseras mancebías con mujercuelas de la más baja ralea, y aun peor, en sensualidades «das que se nao devem aquí dizer», dice el cronista. Un loco, en fin, un loco portugués, sobre quien había pasado la terrible tragedia del amor.

Y así vemos que la tragedia de Inés de Castro es la tragedia de D. Pedro de Portugal. Ella, la pobre bastarda gallega, fué una víctima, se dejó querer por aquel huracán de hombre.

La figura trágico-erótica es la de D. Pedro, no la de Inés. El, D. Pedro, tenía sangre aragonesa, sin duda, pero su corazón nació, se amamantó y creció en tierras portuguesas, en esas tierras de que se exhala el cálido sople de Eros trágico, de la Pasión tempestuosa.

MIGUEL DE UNAMUNO

